

italiano de la República Argentina ha podido y debido llevar algo de la italianidad eterna á la argentinidad, pero habrá de llevarlo en argentino. En argentino, tanto en lengua como en espíritu.

Aun quedan en las obras de Rojas otros puntos que merecen ser dilucidados, como es el referente al estudio de la lengua y de su gramática. Pero éste merece capítulo aparte.

## UN FILÓSOFO DEL SENTIDO COMUN

Entre los libros que formaban la modestísima, pero no mal escogida biblioteca de mi padre, estaban las obras de Jaime Balmes, el centenario de cuyo nacimiento se celebrará dentro de pocos días en su pueblo nativo, Vich. Y siendo yo un mozo, á mis catorce años, cuando estudiaba en el Instituto de este mi Bilbao la asignatura de psicología, lógica y ética, dediqué no pocas horas á la lectura y estudio del publicista catalán. No puedo, pues, negar que Balmes contribuyera tanto ó más que otro cualquiera á despertar mi curiosidad filosófica.

Cierto es que no cabe formarse una regular idea de lo que fueron los portentosos sistemas de Kant, Hegel, Fichte, Schelling, etc., por lo que de ellos nos dice Balmes en su *Filosofía fundamental*. Balmes no los comprendió, ni podía en rigor comprenderlos. Pero á través de sus pálidas traducciones, deformadas casi siempre, se adivina el original. ¡Qué de vueltas no les di yo en aquellos mis años juveniles á las para mí entonces misteriosas fórmulas de Fichte,  $A = A$  y  $yo = yo$ ! Mi pobre

espíritu andaba peloteado entre tautologías y paradojas.

Después no volví á leer á Balmes hasta que á mis veinticinco años fui á opositar una cátedra de psicología, lógica y ética. Y entonces lo leí más para atemperarme al ambiente intelectual de los que habían de juzgarme, que por otra cosa. Y luego no he vuelto á leerle. No es autor cuya lectura se repite.

Y ahora, en la proximidad de su centenario, tengo aquí, á mi vista y á mi mano, y en este mismo cuarto en que hace más de treinta años los leía, los libros de Balmes, que fueron compañeros de las melancolías trascendentes de mi pubertad de cuerpo y de espíritu.

De todas estas obras de Balmes era su *Filosofía fundamental* la que más me inquietaba, pugnando por penetrar en sus entonces para mí sublimes oscuridades, pero era su libro *El Criterio* el que más me encantaba. Todo aquello de el tintorero y el filósofo, el jugador de ajedrez, Sobieski en el sitio de Viena, las víboras de Aníbal, los cambios políticos de Don Marcelino, las pinturas de el aborrecido, el arruinado, el instruído quebrado y el ignorante rico, el cotejo entre el orgullo y la vanidad, el hombre riéndose de sí mismo, las mudanzas de Don Nicasio en breves horas..., todo esto hacía mis delicias por lo anecdótico.

Se ha dicho muchas veces que uno de los mejores modos de conocer á una persona es por los pasajes que subraya y señala en las obras que lee, y esta observación me ha guiado á no subrayar ni

señalar pasaje alguno en mis libros para quitar al que los lea luego asideros por donde juzgarme. Pero ahora aquí me encuentro con los pasajes que señaló en este libro de Balmes aquel que fui yo hace más de treinta años. Y es significativo para mí encontrar que mi antepasado — es decir, yo mismo á mis catorce ó diez y seis años — señaló este pasaje del párrafo I del capítulo XXI de *El Criterio*, donde dice: «La vida es breve, la muerte cierta; de aquí á pocos años el hombre que disfruta de la salud más robusta y lozana, habrá descendido al sepulcro, y sabrá por experiencia lo que hay de verdad en lo que dice la religión sobre los destinos de la otra vida». ¡Qué «mío» era ese mi antepasado que señaló ingenuamente, en sus preocupaciones juveniles este pasaje!

Pero después, como digo, no he podido volver á leer á Balmes. Cuando lo he intentado me ha saltado al punto á la vista la irremediable vulgaridad de su pensamiento, su empacho de sentido común. Y el sentido común es, como dicen que decía Hegel, bueno para la cocina. Con sentido común no se hace filosofía.

«Sentido común, he aquí una expresión sumamente vaga», dice el mismo Balmes al empezar el capítulo XXXII, dedicado al criterio del sentido común, del libro primero de su «Filosofía fundamental». ¡Y tan vaga! Pero luego entra Balmes en el análisis de este sentido de que tanto usó y abusó, y nos dice que sentido excluye reflexión, excluye todo raciocinio, toda combinación, que «cuando sentimos el espíritu se halla más bien pasivo

que activo, nada pone de sí propio; no da, recibe; no ejerce una acción, la sufre». Y añade que hay que separar del sentido común todo aquello en que el espíritu ejerce su actividad, y que con respecto al criterio de sentido común el entendimiento no hace más que someterse á una ley que siente, á una necesidad instintiva que no puede declinar. Y luego dice: «común: esta palabra excluye todo lo individual é indica que el objeto del sentido común es general á todos los hombres». Y por último, concluye definiendo así: «yo creo que la expresión sentido común significa una ley de nuestro espíritu, diferente en apariencia según son diferentes los casos á que se aplica, pero que en realidad y á pesar de sus modificaciones, es una sola, siempre la misma, y consiste en una inclinación natural de nuestro espíritu á dar un asenso á ciertas verdades no atestiguadas por la conciencia, ni demostradas por la razón y que todos los hombres han menester para satisfacer las necesidades de la vida sensitiva, intelectual y moral».

Fijémonos en esta tan característica definición y en el análisis que le precede y veremos como Balmes, el filósofo (??) del sentido común, sentía todo lo que de instintivo y pasivo, todo lo que de irreflexivo é irracional tiene ese sentido que se endereza á satisfacer necesidades, es decir, á un fin pragmático. ¿No dijo acaso este mismo sacerdote católico catalán que al mundo real hay que considerarle y tratarle tal como es en sí, positivo, práctico, prosaico? («El Criterio», capítulo XXII, libro III).

Yo diría, y lo he dicho antes de ahora, que el sentido común es el que juzga con los medios comunes de conocer y en vista de una finalidad práctica, y que así en un paraje donde sólo un sujeto conociese y usase el telescopio y el microscopio rechazarían los demás sus afirmaciones, por contrarias al sentido común, juzgando ellos á simple vista, y que, por otra parte, el sentido común demuestra ó cree demostrar todo lo que nos hace falta para vivir.

Entre los ejemplos que Balmes presenta de sentido común es el de que si uno pretendiese sacar de un gran montón de arena un grano muy pequeño que en él se hubiese metido, revolviéndolo luego, los circunstantes se mirarían desconcertados exclamando: ¡qué despropósito! ¡no tiene sentido común! Y aquí, como se ve, no se trata si no de un caso de probabilidad, sujeto á cálculo, de la probabilidad de sacar un número dado entre uno, dos, tres ó mil millones.

Aquí tenemos á Cournot, el gran matemático especialista en el cálculo de probabilidades, agudo economista y sutil y profundo pensador francés; á Cournot, cuyo crédito parece que ha vuelto á entrar en alza. Oigámosle lo que en su libro *Consideraciones sobre la marcha de las ideas en los tiempos modernos* nos dice acerca del sentido común.

En el capítulo V del libro III de esta penetrante obra, hablando de la psicología, escribía Cournot: «Privado de este medio de comprobación, confinado en el estudio de una especie única en su géne-

ro y hasta á menudo de una variedad única, el psicólogo se ve reducido á apelar en todo caso («opportune, importune») á la opinión común. Pero el sentido común dice que la ballena es un pez ó por lo menos que se parece más á un pez que no á un cuadrúpedo, y en esto el sentido común se engaña: la ciencia que se llama zoología lo demuestra. El sentido común le encontrará á un baobá más analogía con una encina que con una yerba como la malva, y la botánica condenará aquí la opinión del sentido común. Que se nos cite un caso en que la psicología corrija así al sentido común y creeremos en la psicología científica».

Acaso hoy podrían citársele á Cournot casos de éstos que pide y hasta cuando escribía eso, hacia 1870, podía haberlos encontrado. Pero véase cómo para Cournot lo característico de la ciencia es corregir al sentido común. Hay que hacer notar, sin embargo, que si el sentido común afirma que la ballena se parece más á un pez que no á un cuadrúpedo, no se equivoca al afirmarlo. Exteriormente, en lo que con los sentidos comunes apreciamos, así es. No es posible que nadie afirme que la ballena, que no tiene patas, se parece más á un cuadrúpedo que á un pez. Cournot anduvo torpe al decir cuadrúpedo donde debió decir mamífero, que no es lo mismo. El error del sentido común sería concluir de la analogía externa á la interna. Como es exacto que el baobá y la encina son ambos lo que llamamos árboles y la malva no lo es. Pero aun con estas exageraciones paradójicas, el criterio dominante en Cournot me parece más pro-

fundamente filosófico que el criterio dominante en Balmes, esta especie de escocés-catalán.

He dicho exageraciones paradójicas. Y es que lo que llamamos paradoja es el más eficaz correctivo de las ramplonerías y perogrulladas del sentido común. La paradoja es lo que más se opone al sentido común, y toda verdad científica nueva tiene que aparecer como paradoja á los del sentido común en seco.

En el segundo Congreso científico de Ginebra de 1905 presentó G. Vailati una memoria sobre «El papel de la paradoja en el desarrollo de las teorías filosóficas», de la cual es el siguiente párrafo: «La paradoja es siempre el efecto de una definición más exacta de los conceptos, definición que introduce un desacuerdo entre estos conceptos y la significación equívoca del término correspondiente en el lenguaje común».

En el lenguaje común... El lenguaje común, en efecto, es el del sentido común, formado por las necesidades prácticas de la vida y enderezado á servir las. No es cosa suya la precisión científica. Por lo cual tiene la ciencia que empezar por formarse un lenguaje propio y hasta una especie de álgebra, como la de la química, con sus fórmulas. Entre la palabra corriente y usual bencina y la fórmula química con que se la representa media un abismo.

Pero es claro que el sentido común tiene su campo, como le tiene el suyo la paradoja. Cuando un bachiller pedante enuncia gravemente que el frío no existe, no hace sino soltar una enorme ton-

tería, porque el pueblo al hablar de frío, no supone teoría alguna ni menos que su causa sea contraria á la del calor, sino supone sencillamente una sensación y una causa, sea la que fuere, de esta sensación.

El sentido común tiene, sin duda, su campo, que no es precisamente el filosófico; pero la paradoja tiene también el suyo. Y si aquél es lo colectivo, lo común, éste es ó empieza por ser lo individual, lo propio. La paradoja es el más genuino producto del sentido propio. Y es, por lo tanto, el más eficaz elemento del progreso, ya que por lo individual se progresa. El cambio es siempre de origen individual; una masa, en cuanto masa, no cambia sino de posición respecto á otras masas.

La historia toda del pensamiento humano podría reducirse al conflicto y juego mutuo entre el sentido común y el propio, entre la perogrullada y la paradoja, entre el instinto práctico y la razón especulativa.

Y hay también una paradoja práctica ó moral. Y si el cristianismo fué un escándalo para los paganos, según San Pablo, es porque fué una enorme paradoja. Y á medida que ha ido desparadojizándose, acomodándose al sentido común moral, ha ido descristianizándose, como lo vió muy bien aquel terrible danés que se llamó en vida Kierkegaard.

Muchas veces se ha hecho notar lo profundamente paradójico del cristianismo. Y sin entrar en lo de «credo, quia absurdum», en el mero campo

moral es muy exacta la observación del profesor Bousset, de Gotinga, de que no entenderemos bien ciertas palabras de Jesús mientras no nos demos cuenta de que tomadas unilateralmente, á la letra, son paradójicas. ¿Qué si no paradoja es aquello de que si el ojo derecho te hace tropezar, te lo saques? ¿Y lo de presentar la otra mejilla al que nos golpear en una? ¿Y lo de ser más difícil entrar un rico en el reino de los cielos que hacer pasar un camello por el ojo de una aguja, ó enhebrar por éste un calabrote (según se traduzca)? ¿Y aquello otro de que no puede ser discípulo de Cristo el que no odie á su padre y á su madre y á su mujer y á sus hijos y á sus hermanos y á sus hermanas?

El honrado P. Scio, en las notas que puso á su traducción castellana de la Biblia, dice al llegar á este último pasaje (Lucas, XIV, 26), que «aborrer á sus parientes no quiere decir quererlos mal, sino detestar sus máximas y su conducta, cuando son opuestas al Evangelio». Nota henchida, sin duda, de sentido común, pero en la que no resplandece, ciertamente, una gran comprensión del terrible sentido de las palabras de Jesús, pronunciadas cuando se esperaba el próximo fin del mundo. Y la terribilidad de ese sentido es una terribilidad permanente por que el fin del mundo está de continuo inminente para cada uno de nosotros. De donde el principio de no apegar nos á los afectos de la carne, los que la muerte rompe.

¡Adónde me ha traído el comentario de Bal-

mes! El cual, por cierto, jamás se dejó llevar á semejantes terribilidades. Su fuerte dosis de sentido común, práctico catalán, le apartó de todo misticismo. No había en él la estofa de un San Juan de la Cruz, el castellano. Vich no es Fontiveros. No hay sino leer en el capítulo XXVIII de la ética de su *Filosofía elemental* las páginas que dedica á la inmortalidad del alma y los premios y penas de la otra vida. Todo es del más sosegado sentido común: falta el soplo del misterio. Es una disertación retórica y hasta elocuente. «La inmortalidad nos encanta», dice con encantadora sencillez. Oídle: «Y este deseo inmenso que vuela á través de los siglos, que se dilata por las profundidades de la eternidad, que nos consuela en el infortunio y nos alienta en el abatimiento; este deseo que levanta nuestros ojos hacia un nuevo mundo, y nos inspira desdén por lo precedero, ¿sólo se nos habría dado como una bella ilusión, como una mentira cruel, para dormirmos en brazos de la muerte y no despertar jamás? No, esto no es posible: esto contradice á la bondad y sabiduría de Dios; esto conduciría á negar la Providencia, y de aquí el ateísmo».

Ved en este párrafo, que no carece de una cierta elocuencia vulgar y de lugares comunes — los propios del sentido común — el instinto sustituido á la razón para servir á las necesidades prácticas del orden moral. Se busca consuelo más que verdad.

El hombre, al tratar de esto, se exalta. «¿Quién nos mece con tantas esperanzas si no hay para

nosotros otro destino que la lobreguez de la tumba? ¡Ay, qué trite fuera entonces el haber visto la luz del día, y el sol inflamando el firmamento, y la luna despidiendo su luz plácida y tranquila, y las estrellas tachonando la bóveda celeste como los blandones de un inmenso festín; si al deshacerse nuestra frágil organización no hay para nosotros nada, y se nos echa de este sublime espectáculo para arrojarnos á un abismo donde durmamos para siempre!... Entonces el mundo no sería una belleza, no el «cosmos» de los antiguos, sino el caos: una especie de fragua donde se elabora en confusa mezcla los placeres y los dolores; donde un ímpetu ciego lo lleva todo en revuelto torbellino; donde se han reservado para el ser más noble, para el ser inteligente y libre, mayor cúmulo de males, sin compensación ninguna; donde se han reunido en síntesis todas las contradicciones: deseo de luz y eternas tinieblas; expansión ilimitada y silencio eterno; apego á la vida y muerte absoluta; amor al bien, á lo bello, á lo grande y el destino á la nada; esperanzas sin fin y por dicha final un puñado de polvo dispersado por el viento». Y acaba estas nobles páginas últimas de su ética, henchidas de la elocuencia del sentido común, diciéndonos que la existencia de otra vida la enseña la razón — lo que es dudoso — nos lo dice el corazón — lo que es muy cierto — lo manifiesta la sana filosofía — ¿cuál es la sana? — lo proclama la religión, y así lo ha creído siempre el género humano. Esto último, que debe de ser lo de más fuerza para un filósofo de

sentido común, es algo que la historia desmiente.

¡Pero con qué íntima y recogida emoción, con qué palpitations de corazón y de espíritu leía yo estas elocuentes consolaciones allá, en los melancólicos albores de mi mocedad, en este mismo cuarto en que ahora escribo estas líneas!

## LA VERTICAL DE LE DANTEC

Libro más divertidamente cómico y á la vez más representativo que éste de Félix Le Dantec, encargado de cursos en la Sorbona, sobre el ateísmo —«L'Athéisme»—, no espero poder volver á leerlo en mucho tiempo.

Y no es que me escandalice el ateísmo del señor Le Dantec; ¡muy lejos de eso! Es muy libre de ser ateo y allá Dios se las entienda con él. Ni voy á hablar de su ateísmo, que es como el ateísmo de otra porción de ateos; y muy respetable sin duda. Voy á hablar del cientificismo de este formidable biólogo señor Le Dantec, á quien no le faltan — ¡y cómo habían de faltarle! — admiradores. Pero dejemos los juicios para después de nuestro examen.

Empecé á leer este libro para distraerme y matar el rato. Todo iba bien mientras el autor nos explica cómo él es ateo y no puede menos de serlo y lo es de nacimiento, casi *ab ovo*, por una especie de determinismo biológico. Lo cual es muy ameno, y no sé si discutible. Pero hete aquí, que

al llegar á la página 27, me encuentro con este párrafo:

«Descartes, que era matemático, sabía, sin embargo, que ciertas cantidades pueden crecer indefinidamente sin pasar jamás de un límite dado, ó si se prefiere, que ciertas curvas tienen una asíntota (asymptota) horizontal.» ¡Asíntota horizontal!—me dije. Creía no leer bien. ¡Asíntota horizontal!

Invito á cuantos sepan matemáticas á que me indiquen en qué se diferencia una asíntota horizontal de una vertical ó que viene de sesgo. Sin duda alguna, el libro en que el formidable señor Le Dantec estudió geometría analítica tenía pintada alguna rama de hipérbola con su asíntota representando la horizontal respecto á la posición en que se coloca un lector. No tenía sino haber dado un cuarto de vuelta al libro y hete ya la misma asíntota representada vertical.

Pero lo divertido no es esto. Lo divertido es que este publicista de biología, profesor de la Sorbona, formidable ateo y más formidable científicista—lo cual no quiere decir hombre de ciencia, ni mucho menos—, ignora, así, ignora que las nociones de horizontalidad y verticalidad, así como las de arriba, abajo, delante, detrás, á la derecha y á la izquierda, no son nociones geométricas ni de ellas se necesita en geometría. Son nociones que más bien podrían llamarse fisiológicas; dicen relación al espectador. Cualquier chiquillo, aunque no sea biólogo ni ateo ni determinista ni haya estudiado en la Sorbona, sabe que aquello que tene-

mos ahora á la derecha, con sólo dar media vuelta, se nos pone á la izquierda.

«¡Pues si es precisamente lo que luego dice Le Dantec!»—exclamaría algún lector que le haya leído. Y yo le replico: no, no es eso lo que dice. El señor Le Dantec supone al vulgo de los mortales unas nociones que no posee; el señor Le Dantec es uno de esos pedantes que andan diciendo que el frío no existe. Vamos á verlo.

«¿Diréis que el color existe, que existe el sonido?», pregunta el ateo. Y yo respondo: claro que sí, pues que veo el uno y oigo el otro. Y me contesta: «Os responderé que el color resulta del encuentro de ciertas condiciones ambientales y de un ser vivo capaz de ser impresionado, pero que es preciso que haya dos factores para que el color exista, á saber: un estado particular de lo que los físicos llaman el éter y un hombre que vea. Ahora bien, tenemos una idea tan absoluta del color que no podemos imaginar al color como no existente, aun cuando todos los seres vivos se destruyeran.» ¿Puede darse superficialidad más ramplona? Llámeme usted á la causa objetiva ó externa del color como usted quiera, y crea usted en el éter más que en lo que ve, ó en Dios, siendo así que el éter es, por lo menos, tan hipotético como Éste, siempre resultará que la sensación existe y que la tal sensación es tan real, y hasta tan objetiva, como el supuesto éter. ¿O es que yo no soy objeto y no es objeto lo que en mí pasa? Y como si los seres vivos se destruyeran, podría continuar esa causa continuaría el color. Otra cosa equivaldría á afir-

mar que, destruída—si es que su total y absoluta destrucción cabe, cosa que no lo sé — la conciencia, se destruiría todo lo que en ella se refleja. ¿Quién sabe cómo es la realidad exterior, en sí, fuera y aparte de nuestra representación de ella? El formidable biólogo ateo no ha pasado por Kant; su cientificismo es de lo más infilosófico, es decir, de lo más grosero que cabe.

La tontería — porque no es más que una tontería— es del mismo género que aquella otra de que el frío no existe y parte de la gratuita suposición de que el vulgo cree que el frío es una cosa objetiva, independiente en absoluto de nosotros, y opuesta á otra cosa que se llama calor. Y no hay tal cosa. El vulgo — es decir, el vulgo no cientificista y no ateo— no supone nada de eso. Se limita á decir que hace frío cuando lo siente y cuando siente calor á decir que lo hace; y tiene razón, y no hay que calumniar al vulgo. ¿Que el frío resulta de una disminución en tales ó cuales movimientos moleculares ó como sea? Bien; lo mismo da. Es como si yo dijese que el hielo no existe; que no es más que agua congelada. Pero hay que seguir con Le Dantec, porque ahora viene lo bueno.

Ahora entra en su incomparable ejemplo de la vertical. ¡Oído á la caja! Habla de la vertical absoluta. ¿Absoluta? ¿qué es esto? Yo no lo sé, y creo que Le Dantec tampoco. Veamos primero: ¿á qué llamamos vertical? Llamamos vertical á la línea de la plomada, á la de un grave cuando cae. No es, pues, una noción geométrica, sino física, ó más bien fisiológica. La vertical dice relación á la po-

sición normal del espectador, cuando está de pie. Es una cosa que se siente. Y llamamos todos vertical á la trayectoria de un grave que cae sin obstáculo, y á todas las que le sean paralelas en el espacio. Ni más ni menos. Volvamos á Le Dantec.

«Tengo la idea innata de esta vertical», nos dice. ¿Innata? Luego este formidable biólogo cree en las ideas innatas. Bueno es saberlo. Pero, ¿qué entenderá por idea innata? El mismo prevé la dificultad, y nos dice que si no queremos disputar sobre esto, si esa idea no le es innata, esto es, si no le viene por herencia de un error ancestral largamente acreditado, ha nacido en él, naturalmente, por la constatación errónea de la superficie plana de la Tierra. ¡Qué de cosas, Dios mío! (Perdón por haber invocado á Dios en este caso.) ¿Qué tendrá que ver la noción de verticalidad con si la Tierra es plana ó es redonda? El bueno de Le Dantec cree, sin duda, que para las gentes la noción de verticalidad viene de la de horizontalidad, que estimamos ser vertical la perpendicular á un plano horizontal. ¡Pedantería, pedantería, pedantería!

Sea redonda, como parece ser que es, sea plana la Tierra, siempre será para cada uno de nosotros vertical la línea de la plomada y siempre serán horizontales el plano y las líneas de este plano perpendiculares á la vertical ó que con él forman ángulo recto, siempre será horizontal todo plano, como el de una mesa de billar, donde el nivel lo señale. Y ese plano horizontal es un plano ideal. El plano ideal del mar, el que formaría si estuviere

se en perfecta y absoluta calma, es el de una superficie curva, convenido; pero tenemos, no ya sólo la noción, sino el sentimiento de una superficie plana, tangente al punto de la curva terrestre en que nos hallamos, y á esto le llamamos horizontal.

Y ello es tan real y tan objetivo como cualquier noción rigurosamente geométrica.

«Tal vez hay gentes—escribe el formidable biólogo— que no conciben vertical la absoluta, como hay ateos » Pero si la vertical se siente, señor Le Dantec, ¿se siente!

Y Dios también se siente. Lo que hay es que el señor Le Dantec, ni sabe bien lo que es una vertical, ni menos sabe lo que es Dios. Porque esto es lo que de su libro resulta; que no tiene la más remota idea de qué es lo que llamamos Dios muchos de los que en Él todavía creemos.

«Ahora bien — prosigue — la idea de la vertical absoluta es matemáticamente absurda; hay tantas verticales como puntos hay en la superficie de la Tierra...» ¡Evidente! Para cada observador hay su vertical, y todas las líneas, que son infinitas, á ella paralelas. ¿Y por eso no es absoluta? ¿Qué es eso de absoluto? Por ese procedimiento me comprometo á demostrarle que nada real es absoluto. Todo es, pues, relativo. Convenido; pero, ¿y la relatividad misma, no es también relativa? ¿No estamos, llevados por estos científicos pedantes, jugando con las palabras?

Pero lo gordo es lo que sigue á los puntos suspensivos que dejé arriba, y es esto: «La (vertical

de mi antípoda es contraria de la mía.» ¡Estupendo! El formidable biólogo divide las verticales, á lo que parece, en verticales que van de arriba abajo y verticales que van de abajo arriba. Ya lo sé para en adelante, gracias á este amenísimo ateo; tengo en mi casa dos escaleras contrarias, aquellas por las que bajo y aquellas otras por las que subo. A lo cual podrá decirme cualquier Le Dantec de aun menor cuantía, que la escalera de mi casa es algo real, concreto, tangible y visible, mientras que la vertical ó línea trayectoria de un grave que cae sin obstáculo, no es sino una línea ideal. Tanto más en mi favor. El grave cae de arriba abajo, claro está; pero la línea ideal que recorre, ni cae ni sube, ni va de arriba abajo, ni de abajo arriba.

Casi me da vergüenza, lectores míos, de entrar en estas explicaciones, y no lo haría si no supiese los estragos que hace el científicismo, sobre todo en los que no tienen una sólida educación científica y en los que no han disciplinado su mente con una seria y austera filosofía, con aquella filosofía perenne de que habló, creo que Leibnitz, y viene viviendo y acrecentándose, juntamente con la idea de Dios, á través de los siglos. Y da pena ver gentes que hurtan su espíritu á las fecundas fatigas del trato con esa filosofía perenne, y se prendan de cualquier pincha-ranas que nos hable de asíntotas horizontales y no más que porque va contra Dios y contra las más seculares y probadas concepciones humanas. Al tan famoso *odium theologicum* hay un *odium antitheologicum* ó

*contratheologicum* que se le contrapone. Pero volvamos á Le Dantec.

El cual dice más adelante, en la pág. 31: «Aun admitiendo que se pudiera demostrar que no hay Dios, como se ha demostrado que no hay vertical absoluta...» Y esto se me aparece como lo que suelen hacer los predicadores jesuítas—especie de Le Dantecs de la otra banda,—después que disparan un argumento, y es que añaden: «Queda, pues, evidentemente demostrado que, etc.», por si acaso el oyente no lo había advertido. Lo mismo que el pintor famoso que puso al pie de un bicharrajo mal perjeñado: Esto es un gallo.

Me he propuesto no seguir al formidable biólogo descubridor de las asíntotas horizontales en su tesis central de ateísmo. ¿Para qué, si empiezo por decir que el señor Le Dantec no tiene apenas idea de qué es lo que entienden por Dios los creyentes ilustrados? Con que hubiera dicho: «no sé qué es eso de Dios» y ello es verdad que no lo sabe, se habría ahorrado todo el libro. El formidable biólogo no sabe qué es Dios, pero sabe en cambio que «la conciencia moral está más desarrollada en las abejas ó en las hormigas que entre los hombres, á juzgar cuando menos por el orden perfecto de su vida social» (pág. 34). Cuéntase que oyendo un discípulo de Plinio decir á éste que el elefante ve crecer la yerba, exclamó: ó Plinio ha sido elefante ó algún elefante se lo ha contado á Plinio. Y este formidable Le Dantec que del orden perfecto (?) de la vida social de las abejas y las hormigas deduce que tienen una conciencia moral más des-

arrollada que la del hombre como de los movimientos de los planetas, podría deducir que éstos conocen las leyes de Copérnico; este mismo descubridor de las dos verticales, la que baja y la que sube, nos dice poco más adelante (pág. 56) que sus hermanos creyentes «rehusan á las hormigas, que son tan pequeñas, la idea misma de Dios.» ¿A quién se le ocurre ni rehusar ni atribuir á las hormigas ni esa ni otra idea alguna? Pero de estas imputaciones gratuitas está lleno el libro del horizontal biólogo, que se finge unos creyentes fantásticos ó sólo tiene en cuenta los pobres aldeanos cándidos é ignorantes de su nativa Bretaña. (Tiene buen cuidado en decirnos que es bretón, paisano de Chateaubriand, de Lamennais, de Renan...)

¡Qué idea tiene de los creyentes! «Orar es la más importante ocupación de los creyentes», nos dice poco después, y hace seguir á esta formidable afirmación unas líneas en que demuestra ignorar qué es y qué significa la oración para los creyentes que no sean los aldeanos sus coterráneos sobre cuya mentalidad no le ha elevado su biología toda.

Y más vale dejar todo lo que sigue y entre ello lo de que no cree que el tigre tenga la idea de Dios y otras amenidades del mismo calibre ¿Para qué seguir?

Pues de estos formidables cientificistas están hoy llenas nuestras bibliotecas económicas y de avulgamiento. No hace mucho que en un artículo, largo como suyo, nos hacía saber el señor

Morote que no existen ni la idea del tiempo ni la del frío, que son... ¡anticientíficas! Y como no es de creer que nuestro fecundo publicista quisiese decir lo que dijo, esto es, que no existen las «ideas» de tiempo y de frío, pues que de ellos hablamos, habrá querido decir, supongo, que no existen ni el frío ni el tiempo, lo cual es más ameno y más «ledantequesco» todavía. Ya Marinetti, el futurista, mató no hace mucho, en un célebre manifiesto—amenísimo también—al tiempo y al espacio, diciendo así: ¡Ayer murieron el tiempo y el espacio! Con que ahora maten á la lógica ya quedamos libres de los tres tiranos del espíritu, pues eso de que no pueda uno estar á la vez en todas partes, que no pueda vivir á la vez ayer, hoy y mañana, y que no pueda sacar de un principio la conclusión que más le agrade, es decir, que no podamos ser infinitos, eternos y absolutamente libres, es bien fuerte cosa. Pero no, á la lógica no pueden matarla, y por bien clara razón.

¿Todo esto es sólo ameno y ridículo? No: todo esto es triste, muy triste. Debajo de ese cientificismo nada científico, debajo de toda esa gárrula y ramplona pedantería asoma bien claro el *odium antitheologicum*, no menos dañino que el *odium theologicum*, y, en realidad, la misma cosa que él.

Con esas patochadas con disfraz de ciencia se está envenenando á pobres espíritus ansiosos de saber y halagando malas pasiones. Y todos esos biólogos horizontales, ya sea Le Dantec, ya sea Haeckel—que aunque algo más serio tampoco lo es mucho ni menos ignorante de lo que trata de

combatir, como puede verse por su archisuperficial libro sobre *Los Enigmas del Universo*—forman una especie de asociación ó masonería internacional, con aduanas en las fronteras, se traducen y celebran los unos á los otros y pretenden cerrar el paso al conocimiento de los pensadores serios y bien intencionados, libres de sectarismos y de rabias—sea la rabia teológica ó sea la antiteológica—á los filósofos que se adhieren á la filosofía perenne. Y así hay quien se extasia con Haeckel y apenas si conoce á Darwin, y admira á Le Dantec sin haber estudiado debidamente á Claudio Bernard. Verdad es que ni Darwin ni Claudio Bernard se propusieron nunca, que yo sepa, demostrar que no hay Dios ó que le hay.

Estos cientificistas metidos á filósofos y teólogos—ó antiteólogos, que es igual—están haciendo un vulgo cientificista y horizontal, más vulgo aún que el otro. Porque el vulgo sencillo y á la buena de Dios dice que hace frío cuando le siente y que se va el tiempo, y no se mete en filosofías respecto á lo que sean ó no sean objetivamente el frío y el tiempo, mientras que el otro vulgo, el vulgo adulterado por malas lecturas pésimamente digeridas, cree creer en el éter más que en sus propias sensaciones y se traga cualquier cosaza, más ó menos horizontal, de cualquier biólogo con tal que confirme sus prejuicios y sus supersticiones, tanto ó más supersticiosas que las del otro vulgo y sin la disculpa de las de éste.

¡Y qué cándido es este vulgo adulterado por el cientificismo! De vez en cuando recibo alguna

carta de algún incógnito lector científicista en que me dispara, empleando tal vez para ello una docena de pliegos, los más resobados y asendereados lugares comunes de la ciencia y la filosofía más baratas. «No es posible que este señor piense así y diga estas cosas si no porque ignora todo esto», deben de pensar. Porque hay personas tan candorosas, que cuando se encuentran con alguien que no piensa como ellos en un punto dado, suponen que es porque no tiene los datos y conocimientos que tienen ellos sobre el tal punto y no se les pasa por las mientes la idea de que acaso tenga todos esos datos y conocimientos y otros más. Y si llegan á sospechar tal cosa, al punto le piden á uno que les ilustre, como si fuese posible dar todo un curso. El teorema 121 se apoya en el 120, éste en el anterior y así sucesivamente, y hay veces en que habría que explicar los 120 teoremas. Y hay quienes escriben obras doctrinales de conjunto y hay quienes hacemos ensayos sueltos, más para suscitar y sugerir problemas que para desarrollarlos.

Y conviene decir, por conclusión, que si hay una biología, y una fisiología, y una geometría, y una sociología, hay también una teología, tan ciencia en su método como otra cualquiera. Y que tan absurdo es que un Le Dantec cualquiera se meta á escribir del ateísmo sin haber saludado la teología, como que un teólogo se meta á hablar del plasma germinativo ó de la herencia biológica sin haber saludado la biología.

Ocasiones sobradas tendré, por desgracia, de

volver sobre este mismo tema, uno de mis favoritos. Y los horizontales todos, biólogos y no biólogos, quedan libres de decir que no soy más que un redomado retrógrado, un jesuíta disfrazado. ¡Como ellos saben lo que piensan las hormigas!...